
CAPÍTULO 24



Espacio para crecer *John Stuart Mill*

Imagina que durante la mayor parte de tu infancia te hubieran mantenido alejado de otros niños. Que, en vez de pasarte el tiempo jugando, hubieras estado recibiendo clases particulares de griego y álgebra y manteniendo conversaciones con adultos extremadamente inteligentes. ¿Cómo serías ahora?

Esto es más o menos lo que le pasó a John Stuart Mill (1806–1873). Fue un experimento pedagógico. Su padre, James Mill, un amigo de Jeremy Bentham, compartía la opinión de John Locke de que la mente de un niño era una pizarra en blanco. James Mill estaba convencido de que si criabas a un niño de una determinada manera, había muchas posibilidades de que él o ella fuera un genio. Así pues, James decidió darle clases a su hijo en casa, asegurándose de que no perdiera el tiempo jugando con otros niños de su edad o aprendiendo malos hábitos de ellos. Esto no consistía, sin embargo, en em-

pollar, memorizar a la fuerza, ni nada de eso. James le enseñaba mediante el socrático método del interrogatorio, animando así a su hijo a explorar las ideas que estaba aprendiendo en vez de simplemente repetir las como un loro.

El increíble resultado fue que, a la edad de tres años, John estaba estudiando griego antiguo. A los seis, había escrito una historia de Roma, y a los siete podía entender los diálogos de Platón en su idioma original. A los ocho comenzó a aprender latín. Hacia los doce tenía un profundo conocimiento de historia, economía y política, podía resolver complejas ecuaciones matemáticas y tenía un apasionado y sofisticado interés por la ciencia. Era un prodigio. Ya en la veintena, era uno de los pensadores más brillantes de su época, aunque nunca llegó a recuperarse de su extraña infancia y siguió siendo alguien solitario y algo distante el resto de su vida.

En cualquier caso, *sí* se convirtió en una especie de genio, de modo que el experimento de su padre había funcionado. Además de un defensor de la justicia y uno de los primeros feministas (lo arrestaron por promover el control de natalidad), fue político, periodista y un gran filósofo, quizá el más grande del siglo XIX.

Mill fue criado en el utilitarismo, y la influencia que tuvo Bentham en él fue inmensa. Los Mill solían ir cada verano a la casa de campo que Bentham tenía en Surrey. Sin embargo, aunque Mill estaba de acuerdo con él en que la acción correcta es siempre aquella con la que se obtiene la mayor felicidad, más adelante le pareció que el planteamiento de su maestro sobre la felicidad como placer era demasiado rudimentario. Así pues, el joven filósofo desarrolló su propia versión de la teoría, en la que distinguía entre placeres elevados y bajos.

Si pudieras elegir, ¿preferirías ser un cerdo feliz revolcándose en su embarrada pocilga y comiendo en un comedero o un ser humano triste? A Mill le parecía obvio que todo el mundo preferiría ser un ser humano triste en vez de un cerdo feliz. Sin embargo, eso iba en contra del pensamiento de Bentham. Éste, como recordarás, decía que lo único importante eran las experiencias placenteras, independientemente

de su origen. Mill no estaba de acuerdo. Pensaba que había distintos tipos de placer y que algunos eran mejores que otros, tanto que ninguna cantidad de placer bajo podía estar a la altura del elevado, por pequeño que fuera éste. Los placeres bajos, como los que puede experimentar un animal, nunca estarían a la altura de los elevados e intelectuales, como el placer de leer un libro o escuchar un concierto. Mill fue más allá, y dijo que sería mejor ser Sócrates insatisfecho que un necio satisfecho, puesto que, gracias a su pensamiento, el primero era capaz de obtener placeres mucho más sutiles de los que un necio podría lograr jamás.

¿Por qué creer a Mill? Su respuesta era que cualquiera que haya experimentado placeres elevados y bajos preferirá los primeros. El cerdo no puede leer ni escuchar música clásica, así que su opinión al respecto no cuenta. Si un cerdo pudiera leer, preferiría leer a revolcarse por el barro.

Eso es lo que Mill pensaba, pero algunos han señalado que no todo el mundo es como él en cuanto a lo de preferir leer a revolcarse con el barro. Además, cuando introduce diferentes tipos de placer (elevado y bajo) así como diferentes cantidades, resulta verdaderamente difícil calcular qué se debe hacer. Una de las grandes virtudes del planteamiento de Bentham era su simplicidad; todo tipo placer y dolor se medían con la misma moneda. Mill, en cambio, no establece ningún tipo de cambio entre las diferentes monedas de los placeres elevado y bajo.

Mill aplicaba su pensamiento utilitario a todos los aspectos de la vida. Creía que los seres humanos son un poco como árboles. Si a un árbol no le das suficiente espacio, crecerá retorcido y débil. En el lugar adecuado, en cambio, desarrollará todo su potencial y alcanzará una gran altura y extensión. De igual modo, en las circunstancias adecuadas, los seres humanos florecen, y las consecuencias de ello son buenas no sólo para el individuo en cuestión, sino para toda la sociedad, pues maximizan la felicidad. En 1859, Mill publicó un libro breve pero inspirador en el que defendía la idea de que proporcionar a todo el mundo espacio para desarrollarse era el mejor

modo de organizar la sociedad. Este libro se titula *Sobre la libertad* y todavía hoy día se lee mucho.

Paternalismo, palabra que proviene de la latina *pater*, «padre», significa obligar a alguien a hacer algo por su propio bien (aunque bien podría haber sido maternalismo, de *mater*, «madre»). Si de niño te hacían comer verduras entenderás bien este concepto. Comer verduras sólo es beneficioso para uno mismo, pero aun así tus padres te obligaban a hacerlo por tu propio bien. Mill pensaba que el paternalismo era aceptable con los niños, pues éstos necesitan que los protejan de sí mismos y se ha de controlar su comportamiento. Pero tratar con paternalismo a los adultos en una sociedad civilizada le parecía inaceptable. La única justificación para ello sería que las acciones de un adulto pudieran causar daño a alguien o que este adulto tuviera problemas psiquiátricos graves.

El mensaje de Mill era simple. Se conoce como el Principio del Daño. Todo adulto debería ser libre para vivir como quiera siempre que con ello no dañe a nadie. Ésta era una idea revolucionaria en la Inglaterra victoriana. Por aquel entonces, mucha gente consideraba que, en parte, el papel del gobierno era imponer unos valores morales a la población. Mill no estaba de acuerdo. Pensaba que, cuanto más libertad tuvieran los individuos para comportarse, más felices serían. Y no sólo le preocupaba que el gobierno le dijera a los ciudadanos lo que tenían que hacer. Odiaba lo que llamaba «la tiranía de la mayoría», el modo en que la presión social podía evitar que mucha gente hiciera lo que quería hacer o fuera lo que quería ser.

Otros pueden pensar que saben lo que te hará feliz, pero suelen estar equivocados. Tú sabes mucho mejor que ellos lo que realmente quieres hacer con tu vida. E incluso si no lo sabes, creía Mill, es preferible que cada uno de nosotros cometa sus propios errores a que nos obliguen a llevar un determinado estilo de vida. Esto era coherente con su utilitarismo, pues Mill creía que si se incrementaba la libertad individual habría más felicidad general que si se restringía.

Los genios, según Mill (que lo era), necesitan más libertad aún que el resto para poder desarrollarse. Rara vez cumplen las expectativas de la sociedad sobre cómo deberían comportarse y a menudo parecen excéntricos. Si se coarta su desarrollo, todos salimos perdiendo, pues probablemente no harán las contribuciones a la sociedad que podrían haber hecho. Así pues, si quieres obtener la mayor cantidad posible de felicidad, deja que la gente haga su vida sin interferir en ella; a no ser, claro está, que sus acciones puedan causar daño a alguien. Ahora bien, que te parezca ofensivo lo que hace alguien no es razón suficiente para impedirle vivir como quiera hacerlo. Mill fue muy claro en este punto: la ofensa no debía confundirse con el daño.

El planteamiento de Mill tiene algunas consecuencias un poco inquietantes. Imagina a un hombre sin familia que decide que se beberá dos botellas de vodka cada noche. Está claro que terminará matándose. ¿Debería intervenir la ley para detenerle? No, dice Mill, a no ser que pueda dañar a alguien. Puedes razonar con él, decirle que se está destruyendo, pero nadie debería obligarle a cambiar. Es su libre elección. No sería libre si tuviera un niño a su cargo, pero si nadie depende de él, puede hacer lo que quiera.

Además de la libertad de vivir como quisiera, Mill creía que era vital que todo el mundo contara asimismo con libertad de pensamiento y de expresión. La discusión abierta es de gran provecho a la sociedad, pues obliga a las personas a replantearse sus convicciones. Si nadie te desafía con puntos de vista opuestos a los tuyos, terminarás sosteniendo tus opiniones como «dogmas muertos»; es decir, prejuicios que no podrás defender. Mill defendía la libertad de expresión siempre que no incitara a la violencia. Un periodista, creía él, debería ser libre para escribir un editorial en el cual declarara que los «vendedores de maíz matan de hambre a los pobres», pero si agitara una pancarta con las mismas palabras en la escalera de la casa de un vendedor de maíz y ante una muchedumbre furiosa, estaría incitando a la violencia, así que el Principio del Daño de Mill lo prohibiría.

Muchos no estaban de acuerdo con Mill. Algunos pensaban que su visión de la libertad se centraba demasiado en que lo que importa es cómo se siente el individuo respecto a su vida (es mucho más individualista, por ejemplo, que el concepto de libertad de Rousseau; ver el capítulo 18). Otros opinaban que estaba abriendo las puertas a una sociedad permisiva que arruinaría la moral para siempre. James Fitzjames Stephen, uno de sus contemporáneos, sostenía que a la mayoría de la gente no se le deberían ofrecer demasiadas opciones sobre cómo vivir, puesto que, de tener carta blanca, muchos terminarían tomando decisiones perniciosas y autodestructivas.

Un área en la que Mill era particularmente radical para la época en la que escribía era el feminismo. En la Inglaterra del siglo XIX, las mujeres casadas no tenían derecho a la propiedad, y carecían de protección legal contra la violencia y las violaciones de sus maridos. En *El sometimiento de las mujeres* (1869), Mill sostenía que los sexos debían ser tratados igual por la ley y la sociedad. Algunos de sus contemporáneos afirmaban que las mujeres eran inferiores a los hombres. Él se preguntaba cómo podían saber eso cuando a las mujeres se les había impedido alcanzar su máximo potencial: no se les permitía acceder a estudios superiores ni tampoco a muchas profesiones. Por encima de todo, Mill defendía mayor igualdad entre los sexos. El matrimonio debía ser una amistad entre iguales, sostenía él. Su propio matrimonio con la viuda Harriet Taylor (ambos ya en la edad madura) fue así y les proporcionó gran felicidad a ambos. Habían sido amigos íntimos (y quizá incluso amantes) mientras el primer marido de ella todavía estaba vivo. Mill tuvo que esperar hasta 1851 para convertirse en el segundo. Ella le ayudó a escribir tanto *Sobre la libertad* como *El sometimiento de las mujeres*, aunque, lamentablemente, murió antes de que ninguno de los dos fuera publicado.

Sobre la libertad apareció por primera vez en 1859. El mismo año que otro libro todavía más importante: *El origen de las especies* de Charles Darwin.